

bre de 1776, comprendiendo América lo mucho que le interesaba la protección de Francia, determinó enviar á la corte de esa nación tres personajes, con una misión secreta. Uno de los elegidos por unanimidad fué Franklin, á pesar de su avanzada edad, pues tenía setenta años. Al anunciársele el nombramiento, respondió con modestia diciendo: «Viejo soy y no sirvo para cosa de provecho; pero, como dicen los vendedores de paño al llegar al extremo de la pieza, tomadlo al precio que queráis<sup>1</sup>». Agregáronse Silas Deane, que estaba en Francia, y, por renuncia de Jefferson, Arturo Lee, que estaba en Inglaterra.

Franklin se embarcó en 1.º de noviembre, no sin temor de caer en poder de los ingleses, que ni de mucho le hubiesen acogido con benevolencia; pero, logró desembarcar sano y salvo en la bahía de Quiberon y llegó á París antes de terminar el año.

La elección había sido verdaderamente acertada. Con su aspecto venerable, con sus cabellos sin empolvar, con sus vestidos de paño basto, el bueno de Franklin fué presto un personaje popular; pero ese buen hombre era al propio tiempo amigo de todos los filósofos, comensal de Mma. Helvetius y miembro de la Academia de ciencias; sedujo á la corte no menos que á la ciudad; su solitaria casita de Passy vino á ser una cita política; por fin, comunicó á América una fuerza que lo es todo en Francia, como quiera que le concilió en su favor los corazones y el entusiasmo de los franceses.

En mayo de 1777, en una carta dirigida á su amigo, el doctor Cooper, uno de los grandes patriotas de la revolución, escribía Franklin lo siguiente:

«Toda la Europa está de parte nuestra; tenemos por lo menos los aplausos y simpatías de todos. Los que viven sujetos á un poder arbitrario, no son por eso menos amantes de la libertad, y desean en el alma su triunfo. No les alienta la esperanza de conquistarla en Europa; pero leen con entusiasmo las constituciones de nuestras colonias libres. Hay tantos que hablan de trasladarse á América con su familia y fortuna, así que esté ajustada la paz y solidada nuestra independencia, que es creencia general que la emigración europea nos traerá un prodigioso incremento de fuerza, riqueza é industria. Créese también que para disminuir ó contrarrestar esa emigración, las tiranías de Europa se verán en el caso de aflojar y conceder á sus pueblos más libertad. Es aquí opinión de todos, que nuestra

<sup>1</sup> Lord Mahon, tom. VI, pág. 125.

causa es la causa del género humano, y que, combatiendo en defensa de nuestra libertad, combatimos por la de Europa. Gloriosa tarea es la que nos asigna la Providencia, y espero que Dios nos ha dado á la vez energía y virtud suficientes para ese grande objeto, y que coronará felizmente nuestras empresas<sup>1</sup>».

Franklin tenía razón; esa era la creencia general, así pensaba la opinión pública; pero la opinión no nace ni se forma espontáneamente, siendo menester para ello hombres que escriban, hablen y trabajen, y no cabe duda que Franklin contribuyó mas que nadie á la formación de esa atmósfera favorable á los intereses de su patria. Y no es ese el menor servicio que prestó Franklin á su país.

No bien hubo llegado á París, hízose ya notable por uno de esos rasgos de virilidad que se concilian los aplausos y la admiración del público. Lord Stormont tenía el defecto hábito común á los ingleses de hablar siempre en tono de amenaza, imaginando que ante un inglés deben todos humillar la cerviz. En Versalles comenzaban á ser pesadas sus pretensiones. Franklin le propuso por escrito el canje de prisioneros caídos en poder de los cruceros de entrambos países, á cuya proposición contestó lord Stormont con sobrado laconismo, diciendo: «El emhador del rey no puede recibir de los rebeldes ninguna comunicación, á menos de ir á implorar el perdón á S. M.» Franklin le devolvió la carta, y de su puño le escribió en los términos siguientes: «En contestación á una carta en que se trataba de los mas sagrados derechos de la humanidad, hemos recibido la indecente nota que aquí va adjunta, y que remitimos á V. S. para que reflexione con mas detención y seriedad.»

Se ha dicho que Franklin había contribuido mucho á la conquista de la opinión; hay un hombre, sin embargo, á quien hay que colocar al lado de Franklin, y que acaso hizo mas, porque era francés: Hablamos de La Fayette.

Gilberto de Motier, marqués de La Fayette, nació en 1757. Su padre, coronel de granaderos de Francia, había sucumbido en Minden, pocos días antes del nacimiento de su hijo; y su madre, fallecida en 1770, le dejó huérfano á la edad de trece años, y poseedor de una inmensa fortuna, (200,000 libras de renta.) Segun costumbre, La Fayette fué nombrado oficial cuando no era mas que un niño; eso no obstante se le puso en el colegio, del cual únicamente salía en los días de revista. De ahí pasó á la Academia de Versalles

<sup>1</sup> Franklin Work, tom. I, pág. 308.

para aprender la equitación, y á los diez y seis años, verificado su enlace con la señorita de Noailles, fué destinado á un regimiento, de guarnición en Metz.

Aquí fué en donde, en 1776, el mariscal de Broglie le invitó á comer junto con el duque de Gloucester, hermano del rey de Inglaterra. El duque, que estaba resentido de la manera con que la corte trataba á la duquesa, militaba en las filas de la oposición.<sup>1</sup> El príncipe acababa de recibir la Declaración de la independencia, con lo cual escusado es decir que durante la comida no se habló más que de aquel grande acontecimiento. El jóven La Fayette se enardeció, concibiendo desde luego el proyecto de partir á América junto con dos jóvenes amigos suyos, el conde de Segur y el vizconde de Noailles, con quienes debia volverse á encontrar en las Constituyentes. La Fayette, segun dijo, tenia *ambicion de libertad*.

«No ha habido jamás otra causa gloriosa que llamara tanto la atención de los hombres; *era aquel el último combate de la libertad*, cuya derrota no habia de dejar á esa asilo ni esperanzas. Opresores y oprimidos, todos iban á recibir una lección, y era preciso levantar aquella grande obra, para que los derechos de la humanidad no se perdieran bajo las ruinas. Al propio tiempo iban á decidirse los destinos de Francia y los de su rival, como quiera que Inglaterra iba á perder, con los nuevos Estados, las ventajas que le reportaba su vasto comercio, además la cuarta parte de sus súbditos, que aumentaban sin cesar merced á una rápida propagación y á los inmigrantes que á América acudian de todas las partes de Europa; y por último Inglaterra iba á perder una inmensa y la mas hermosa parte de su territorio. Continuando empero la Gran Bretaña unida á las colonias, podíase desde luego renunciar á nuestras Antillas, á nuestras posesiones de África y Asia, á nuestro comercio marítimo y por consiguiente á nuestra marina, *en una palabra, á nuestra existencia política*.

»En cuanto tuve noticia del conflicto, *mi corazón sentó plaza de soldado*, y no pensé mas que en acogerme *bajo su banderas*. Mi familia no podia menos de oponerme dificultades; y por consiguiente no tuve mas remedio que contar conmigo solo; no vacilando en tomar por divisa de mis armas estas palabras: *Cur non?* para que me animaran, y en determinados casos me sirvieran de respuesta. Silas Deane estaba en París, mas el verle hubiese podido dar márgen á

<sup>1</sup> Lord Mahon, tom. VI, pág. 160.

sospechas, y por otra parte los gritos de lord Stormont ahogaban la voz del agente norteamericano... Al presentarme á M. Deane, en mis diez y nueve años, hablé mas de mis buenos deseos que de mi esperiencia; sin embargo, le representé el *ruido* que habia metido mi resolución, y consintió en aceptarme.<sup>1</sup>»

No le era á La Fayette cosa hacendera la partida, aunque fuera en un buque aprestado á sus espensas, puesto que las cartas de su familia *eran terribles*, y una carta-orden del rey le enviaba á Marsella y á Sicilia; por otra parte sus amigos se habian asustado, y su jóven esposa estaba en cinta. Todo lo menospreció La Fayette; partió á Burdeos, y disfrazado de correo, llegó al puerto Passage en donde le aguardaba el buque. Desde aquí escribió á M. de Maurepas, que no le habia aun contestado, que *su silencio era una orden tácita*, hecho lo cual, hizose á la vela.

Tras una penosa travesía, desembarcó en Charleston, en la Carolina, é hizo trescientas leguas á caballo en dirección á Filadelfia, en donde apenas llegó cuando comenzó á sufrir un desengaño. Muchos extranjeros, franceses, alemanes y polacos habian acudido á ofrecer sus servicios, pero todos ignoraban el idioma inglés, no estando por otra parte acostumbrados á aquella guerra de paisanos.<sup>2</sup> Presto cundió el descontento entre los norteamericanos, á consecuencia de las pretensiones y de la incapacidad de aquellos militares extranjeros.

Lowell, presidente del comité de Negocios extranjeros, recibió á La Fayette con una frialdad que equivalia á una despedida; pero aquel sometió al Congreso una esquelita concebida en estos términos: «En atención á mis sacrificios tengo derecho á solicitar dos gracias: la de servir á mis espensas y la de comenzar como voluntario.»

Ese estilo original llamó notablemente la atención del Congreso que, en 13 de Julio de 1777, votó una resolución en los términos siguientes:

«Considerando que el marqués de La Fayette, á consecuencia

<sup>1</sup> Memorias de La Fayette, tom. I, pág. 9.

<sup>2</sup> Uno de los que, estableciendo la disciplina habia prestado el mas importante servicio, el baron de Stenben, veterano de la escuela de Federico II, ha sido célebre por sus originales arrebatos de impaciencia. En habiendo agotado todo el catálogo de votos alemanes y franceses contra sus reclutas, llamaba á su ayudante de campo, Walker, el único en el ejército que, prescindiendo de Hamilton, hablaba francés, y le decia: «Venid, amigo Walker; malditas sean las torpezas de esos papanatas; yo no puedo mas, que no me es posible echar mas votos.»

de su ardiente celo por la causa de la libertad, en que están empeñados los Estados Unidos, ha abandonado á su familia y á los suyos, viniendo á sus expensas á ofrecer sus servicios á los Estados Unidos, sin reclamar sueldo ni indemnización particular; considerando tambien que ha tomado á pechos esponer su vida por nuestra causa; se ha resuelto: que quedan aceptados sus servicios, y que en atencion á su celo, á lo ilustre de su familia y de sus allegados, tendrá la categoría y desempeñará las funciones de mayor general en el ejército de los Estados Unidos <sup>1</sup>.»

Pocos dias despues fué presentado á Washington y vió el ejército norteamericano, compuesto de once mil hombres, mal armados y peor uniformados, que los que mejor iban vestidos llevaban anchas blusas de tela gris, con lo cual ocioso es decir que aquellos soldados no eran á buen seguro los mosqueteros negros que La Fayette habia visto en su país.—«Debemos de ruborizarnos, dijo Washington, al ofrecernos de esa suerte á un oficial que ha salido de los ejércitos franceses.»—«Estoy aquí, contestó La Fayette, no para enseñar, sino para aprender» y á continuacion añade el mismo: «Ese tono en que hablé, produjo escelente efecto, como quiera que no le emplean comunmente los europeos <sup>2</sup>.»

Desde entonces se decidió entre Washington y La Fayette una amistad paternal y filial que no se entibió jamás, comenzando al propio tiempo para el último un período de gloria que, quince años despues, le hizo acreedor á las mayores consideraciones de Francia, al comenzar la Revolucion.

Cara se le hizo pagar, sin embargo, esa gloria. En concepto de más de un historiador, La Fayette solo fué un general de medianos alcances, un orador vulgar, un político de ideas falsas, que tuvo siempre la manía de querer vestir á Francia á lo americano, sin ver la diferencia que existia entre ambos países. Napoleon, cuando estaba en Santa Helena, en un libro en que desahogó el resentimiento de su corazon, legando así á la posteridad sus rencores que solo pueden aceptarse á título de inventario, dice: «La Fayette era una medianía, así en el órden político como en conocimientos militares; su espíritu era mezquino, su carácter escesivamente solapado. La Fayette se dejó estraviar por vagas ideas de libertad, que en él estaban mal definidas y mal digeridas.»

El concepto que Napoleon formó de La Fayette como general,

<sup>1</sup> Memorias de La Fayette, pág. 19.

Id.

id. pág. 20.

acaso no es tan injusto como pudiera suponerse. Verdaderamente, el marqués no pudo demostrar sus talentos militares, así como en repetidas ocasiones dió muestras de su gran valor personal; tratándose de libertad, empero, nos es permitido creer, que era á buen seguro mas inteligente que Napoleon. Si aquel no tenia el génio del conquistador, amaba en cambio la libertad, y, como dicen, el amor infunde talento aun á los mas tontos. Aunque mucho distaba La Fayette de ser tal, que, muy al contrario, era hombre de talento muy claro y hábil; hablaba admirablemente, y, no se dé Napoleon por ofendido, si consignamos que La Fayette, no mintió jamás. Era el hombre mas sincero y el amigo mas fiel. Tenia en grado muy aventajado eso que falta á la mayor parte de los franceses; fé política, y un carácter noble y levantado. «¿Qué habeis hecho durante el imperio? se le dijo algunas veces.—He permanecido en pié, contestaba La Fayette.» Y, ¿cuántos hombres habrian podido dar esa respuesta en Francia?

Por esa razon, así en 1815, como en 1830, Francia halló al general La Fayette, siempre fiel á la única causa á cuyo servicio estuvo siempre. En definitiva, es una gran figura, y en la historia ocupa un puesto, que mas de un héroe pudiera envidiar.

En todos tiempos se han visto hombres que con bravura han arrostrado la muerte. Su espíritu anima y fluctúa por las calles, como suele decirse; en ellos no es cualidad rara el talento, muchas veces la fortuna corona sus empresas; pero no abundan á buen seguro esos patriotas que aman sinceramente la libertad, y á cuyo servicio militan durante su larga vida. Debemos venerar á esos hombres; ellos son nuestros progenitores. ¡Feliz el pueblo que en el dia de la necesidad, puede hallar en su seno esas figuras apacibles, que han estado en pié durante la borrascosa, y que solo han tenido una ambicion, la ambicion de la libertad!

En 25 de agosto de 1777, los ingleses desembarcaron en el fondo de la bahía de Chesapeake, en el río Elk. Tiran en número de 14,000 hombres, siendo muy inferior el que podia oponerles.

<sup>1</sup> Así es llamado en América el estado mayor de un general.

<sup>2</sup> Jared Sparks, Vida de Washington, t. II, pág. 137.